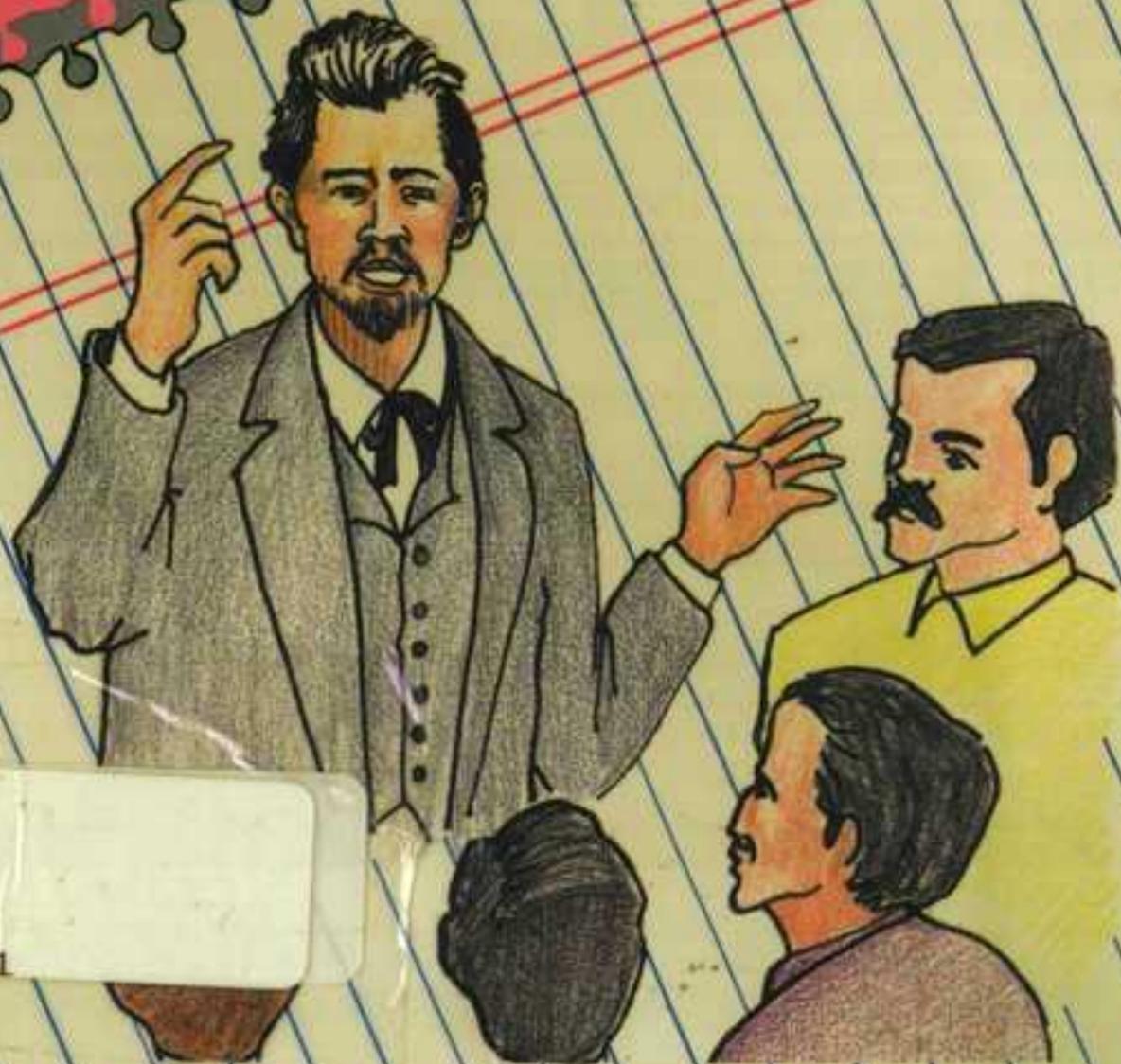


BIOGRAFIAS PARA NIÑOS

Ignacio Manuel

Altamirano



1208
4
(3420)
IB. NO. 1

Esta publicación fue realizada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, órgano consultivo de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular es el Lic. Manuel Bartlett Díaz.

INEHRM

Lic. Juan Rebolledo Goni
Vocal Ejecutivo

Lic. José Luis Barros Horcasitas
Director de Investigación Histórica

Lic. Carlos León y Ramírez
Director de Difusión y Divulgación

Derechos reservados © 1987 por
Instituto Nacional de Estudios Históricos
de la Revolución Mexicana

Donceles Núm. 39
C.P. 06010 Delegación Cuauhtémoc
México, D.F.

ISBN - 968-805-437-2

Ignacio
El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana es un órgano de la Secretaría de Gobernación encargado de concentrar documentos, planear y publicar trabajos históricos y difundir ampliamente el conocimiento del proceso histórico de la Revolución Mexicana.

El Instituto, además, ha sido responsable en su aspecto técnico de desarrollar actos y actividades conmemorativas de la Independencia Nacional y de la Revolución Mexicana en 1960 y en 1985. Por ello, se ha ocupado de publicar y promover el conocimiento de esas gestas históricas y de ampliar parte de sus publicaciones al siglo XIX además del XX.

De las varias colecciones que el Instituto publica (Biblioteca del INEHRM, Colección de Obras Fundamentales de la Independencia y la Revolución, Obras Conmemorativas, Cuadernos Históricos) tiene un lugar especial la colección denominada Biografías para Niños consistente en breves semblanzas de héroes nacionales y mexicanos ilustres que han construido nuestra nación. La difusión de la vida y obra de los hombres y mujeres que han hecho este país no cumpliría su misión constructiva si no llega a quienes son el futuro de México. Este es su propósito y éste el interés del Instituto para apoyar el compromiso presidencial de "hacer honor a los mexicanos de ayer y ser dignos ante los mexicanos de mañana".

I
F. 1208
±4

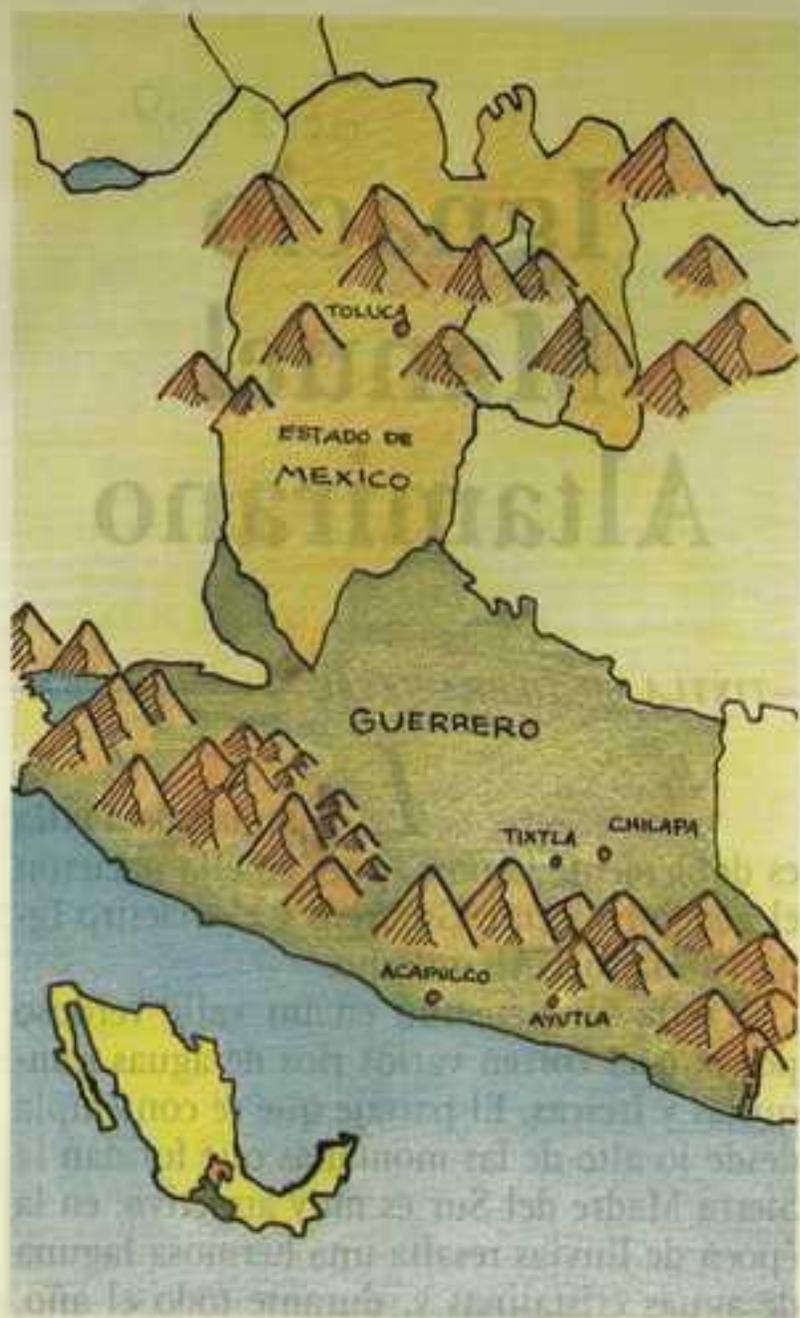
Rm-3420

Ignacio Manuel Altamirano

—TIXTLA, SU TIERRA NATAL—

La ciudad de Tixtla es doblemente famosa, pues en ella nacieron el general Vicente Guerrero y el maestro Ignacio Manuel Altamirano.

Tixtla se encuentra en un valle verdoso por el cual corren varios ríos de aguas tranquilas y frescas. El paisaje que se contempla desde lo alto de las montañas que forman la Sierra Madre del Sur es muy atractivo: en la época de lluvias resalta una hermosa laguna de aguas cristalinas y, durante todo el año,



una abundante vegetación que la naturaleza ha derramado y que el hombre, con su esfuerzo diario, ha sabido aumentar. Los árboles frutales, los pájaros y los demás animales, incluyendo gran cantidad de insectos y víboras, dan a la región una apariencia de fantasía que sólo rompe la presencia del hombre con el ruido de sus instrumentos de trabajo al chocar en los surcos de la tierra o en los duros tallos de los árboles madereros. El calor es intenso, aunque el ramaje boscoso y las hojas regadas en el suelo proporcionan espacios refrescantes para descansar y quitarse la sed con un poco de agua o con alguna de las frutas que los árboles producen.

En esta pequeña ciudad nació Ignacio Manuel Altamirano el 13 de noviembre de 1834, en una humilde familia indígena náhuatl. Sus padres fueron don Francisco Altamirano y doña Juana Gertrudis Basilio, quienes habían adoptado el apellido Altamirano de un español que años antes bautizó a uno de sus antepasados.

En la época del nacimiento de Ignacio Manuel la pequeña Tixtla estaba dentro del territorio perteneciente al Estado de México; pero poco después fue creado el estado de

Guerrero y Tixtla quedó comprendida dentro de los límites de este último. Puede decirse que Altamirano pertenece a los estados de México y Guerrero, aunque en realidad es de todo el país.

—SUS PRIMERAS LETRAS—

Ignacio Manuel empezó a estudiar en la escuela de primeras letras de don Cayetano de la Vega, en la que existía la triste separación entre *niños de razón* y *niños indígenas*. Estos calificativos inútiles e injustos eran muy usados en las escuelas de ese tiempo y nadie se ponía a pensar si con ellos se ofendía a los niños indígenas al separarlos de los llamados *niños de razón*.

Altamirano no sabía leer ni escribir, pues estas enseñanzas estaban reservadas para los otros niños. Pero ocurrió algo que cambió la suerte del pequeño Ignacio Manuel: su padre, don Francisco Altamirano, fue nombrado alcalde del pueblo para las personas de raza indígena, lo que hizo pensar al profesor De la Vega en la conveniencia de admitir entre los privilegiados al hijo del nuevo funcionario.

Ignacio Manuel cursó notablemente esos primeros años de escolaridad, distinguiéndose por su aprovechamiento en todas las materias. Pero, en un pueblo como Tixtla, en ese entonces tan aislado, no era posible para un niño tan pobre como él continuar sus estudios en la ciudad de Toluca, capital del Estado de México.

Cuando Altamirano ingresó a la escuela en 1846 tenía ya doce años de edad y apenas empezaba a hablar en español; era un niño grande para empezar a estudiar, aunque con el paso del tiempo demostraría que nunca es tarde para aprender cuando se tiene la voluntad de hacerlo. En los años de 1847-1848, estando Ignacio Manuel en segundo año de primaria, nuestro país sufrió una dolorosa pérdida de más de la mitad de su territorio por una terrible guerra provocada por Estados Unidos precisamente para adueñarse de gran parte del norte mexicano.

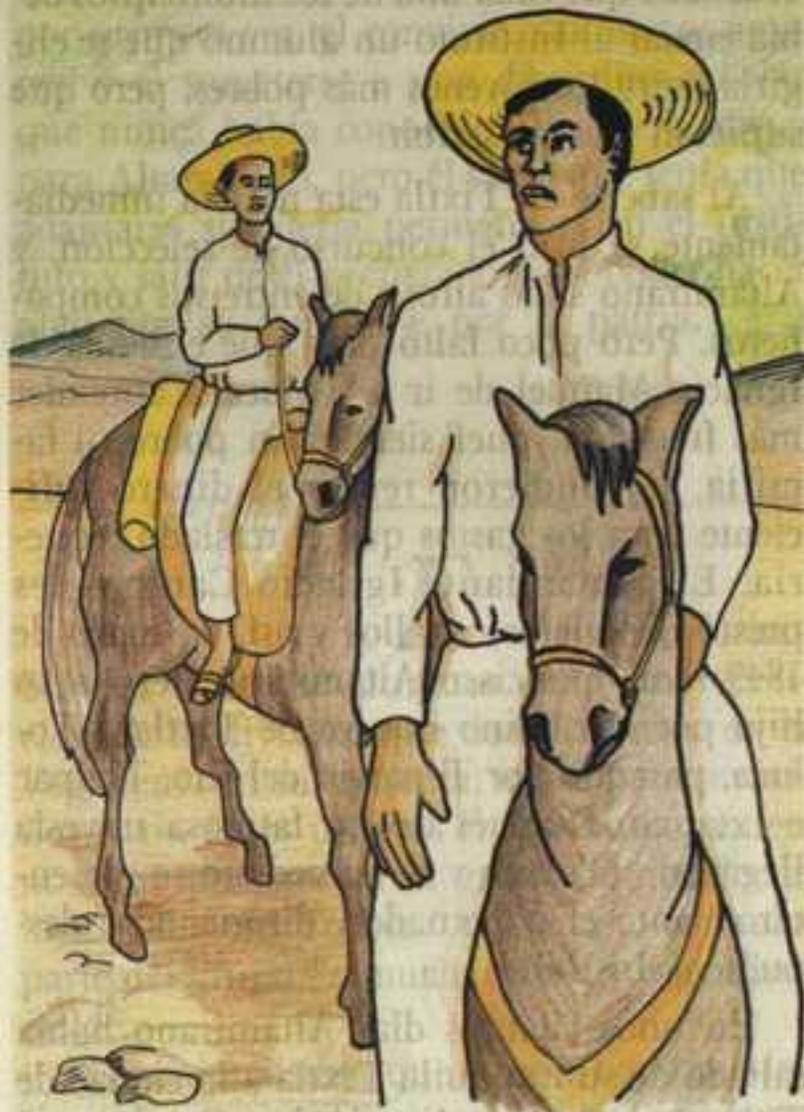
México vivía entonces una época de cambios turbulentos en la que los ciudadanos estaban desorientados, sin saber qué hacer para resolver los grandes problemas que aquejaban a todos. Después de la derrota ante Estados Unidos, nuestra patria aún sufría nuevas

y violentas luchas armadas que no hacían más que acabar de debilitarla.

Este ambiente inseguro venía a constituir el mayor obstáculo para las aspiraciones de la juventud, pues cuando en una nación no hay paz ni garantías permanentes, es decir, derechos que el ciudadano disfruta siempre, las instituciones (entre ellas las escuelas) no pueden sobrevivir y, menos aún, cumplir bien con sus tareas. A pesar de esos serios inconvenientes, el país contaba también con el deseo de progresar tanto material como espiritualmente; por eso, al mismo tiempo que se peleaba en el campo de batalla, se luchaba en el campo de las ideas.

—EN EL INSTITUTO LITERARIO DE TOLUCA—

En enero de 1849 el gobierno del Estado de México, promulgó un decreto que influiría grandemente en la vida de Altamirano: se creaban las becas para *alumnos de municipalidad*, quienes recibirían ropa, alimentación y alojamiento en la ciudad de Toluca con el objeto de que estu-



diaran en el Instituto Literario, que era el colegio de más prestigio en el Estado.

La afortunada y bienhechora disposición ordenaba que cada uno de los municipios debía enviar al Instituto un alumno que se elegiría entre los jóvenes más pobres, pero que supieran leer y escribir.

Al saberse en Tixtla esta noticia inmediatamente se hizo el concurso de selección, y Altamirano salió airoso de entre sus compañeros. Pero poco faltó para que el deseo de Ignacio Manuel de ir a Toluca a aprender más fracasara, pues siendo tan pobre su familia, no pudieron reunir el dinero suficiente para los gastos que el traslado requería. El comandante Ignacio Campos les prestó dos viejos caballos y así, en mayo de 1849, don Francisco Altamirano llevó a su hijo por el camino que va de Tixtla a Toluca, pasando por Tenango del Río, Tetipac e Ixtapan. Después de esa fatigosa travesía llegaron a Toluca y de inmediato se presentaron ante el gobernador, dirigiéndose después al Instituto.

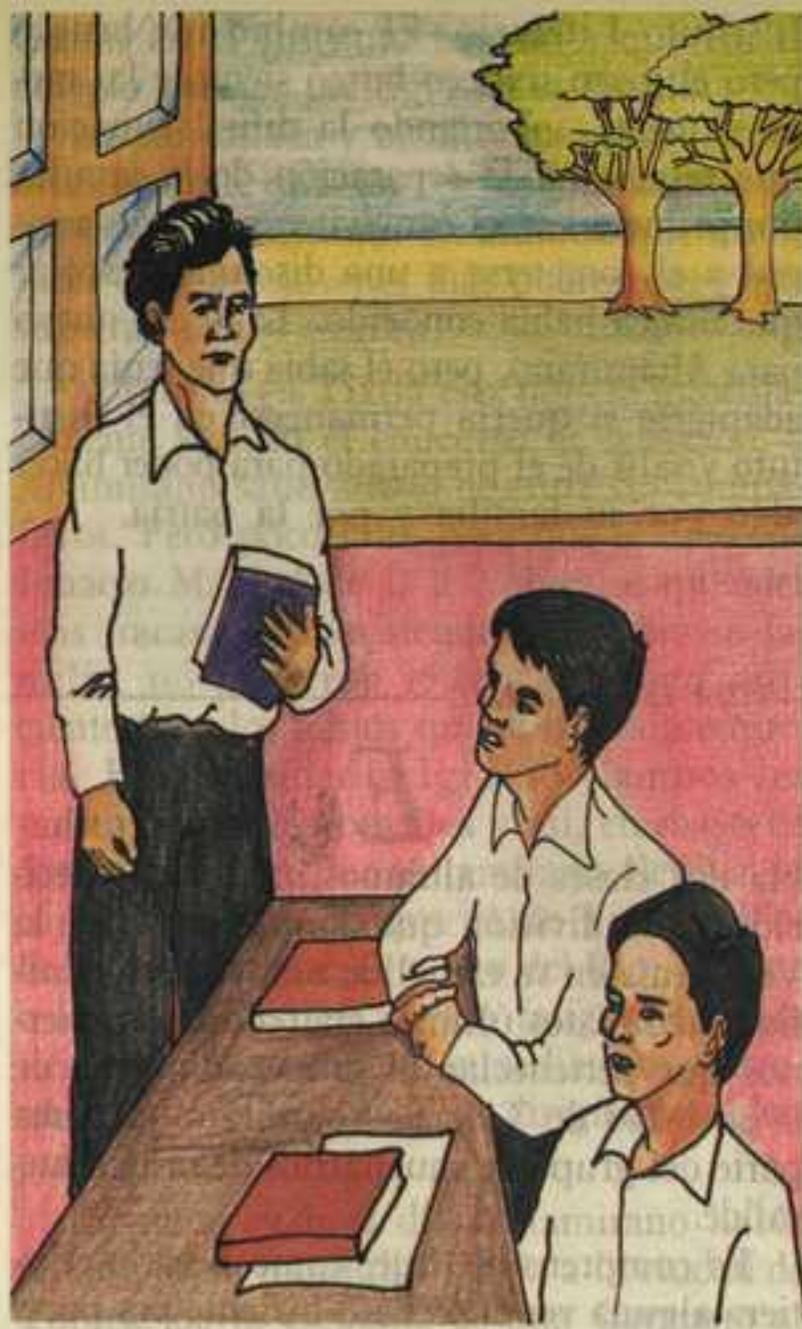
En unos cuantos días Altamirano había saltado de su tranquila Tixtla a la ciudad de Toluca, de la escuelita de don Cayetano al

Instituto Literario. El cambio fue brusco pero el joven tixtleco buscó siempre las mejores metas, soportando la difícil situación que representa la separación de la familia por primera vez, el convivir con nuevos amigos y el someterse a una disciplina escolar que nunca había conocido. Todo era nuevo para Altamirano, pero él sabía que tenía que adaptarse si quería permanecer en el Instituto y salir de él preparado para poder hacer algo por su familia y por la patria.

—VIDA ESTUDIANTIL—

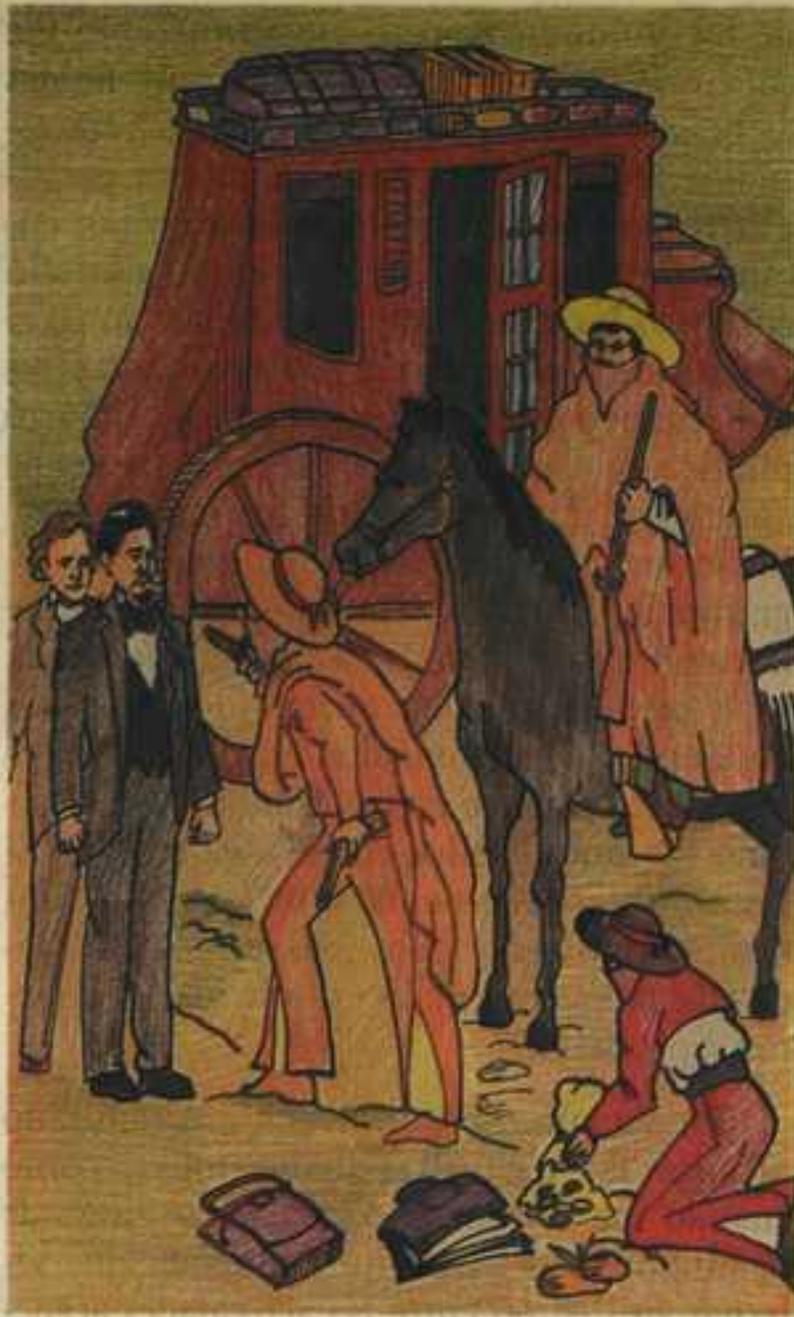
En el Instituto había dos clases de alumnos, casi una repetición de la división que don Cayetano de la Vega tenía en su escuelita: niños pobres y niños ricos. Estos últimos eran alumnos externos que pertenecían al grupo adinerado de la sociedad de Toluca. Altamirano formaba parte del grupo de muchachos de origen humilde.

Es comprensible que, como becario, sintiera alguna vez el rechazo hiriente por parte



de los *niños ricos*; pero ese sentimiento fue sólo un impulso más para sus muy nobles aspiraciones. Esta actitud de entrega a sus estudios le permitió ir adquiriendo un prestigio y una posición que lo colocaron por encima de sus compañeros. Pronto se vio cursando las materias que se impartían en el Instituto, destacando tanto en todas ellas que, cuando cursó el segundo año, hizo acto público en el examen final de su indiscutible aplicación. Las miradas de los maestros, de los tutores y de los padres de familia no lograron inquietarlo y contestó a todo lo que le preguntaron con la seguridad de quien sabe bien lo que ha aprendido. Sólo los alumnos más aventajados eran llamados a hacer acto público en un examen, y Altamirano fue uno de ellos en ese año de 1850. El humilde tixtleco debió sentirse profundamente orgulloso y feliz, más aun cuando todos los maestros que lo examinaban decidieron aprobarlo.

Por ser un alumno brillante Altamirano alcanzó las más altas distinciones, como cuando fue designado para hacerse cargo de la biblioteca del Instituto, teniendo que alternar su tiempo entre las actividades académicas.



micas y las de bibliotecario. Este cargo fue desempeñado por Altamirano entre 1850 y 1852, y es indudable que su permanencia entre los libros fue de una importancia considerable para su formación intelectual, pues tuvo a su alcance los libros que en esa época constituían parte obligada en la preparación de los estudiantes. La lectura de las obras de grandes escritores y pensadores, mexicanos y extranjeros, le proporcionó una sólida cultura que él siempre supo apreciar como un valioso tesoro.

Pero no todo fue alegría y tranquilidad: en 1851 la ciudad de Toluca se vio atacada por una terrible epidemia de cólera que mató a cientos de vecinos que no pudieron evitar el contagio. Altamirano fue uno de los afortunados que no contrajo la enfermedad y que pudo salvarse, aunque tuvo que soportar la tristeza que le causó el contemplar el lastimoso espectáculo de ver morir a tantas personas sin que nadie pudiera ayudarlas.

Ese mismo año de 1851 el joven Altamirano quiso conocer la ciudad de México y, en compañía de uno de sus amigos del Instituto con quien había logrado reunir una pequeña cantidad, una fría y nublada mañana

de diciembre abordó la diligencia que hacía el trayecto entre las dos ciudades. No escapó Altamirano a la emocionante experiencia de ser asaltado en lo más escondido del Monte de las Cruces por el famoso bandido Roca, quien robó a los pasajeros todo lo que traían. Por su aspecto humilde los dos jóvenes estudiantes no fueron molestados, logrando continuar el viaje con el temor de ser nuevamente atacados por algún otro bandido de los muchos que merodeaban en el camino.

La visita fue rápida, pues lo que Altamirano y su amigo querían era conocer la gran ciudad y pasear por ella, "nada más pasear, sin ir al teatro, sin comer en las fondas caras, sin andar en coche, sin comprar nada" para que el poco dinero que habían traído les alcanzara y pudieran volver a Toluca en diligencia.

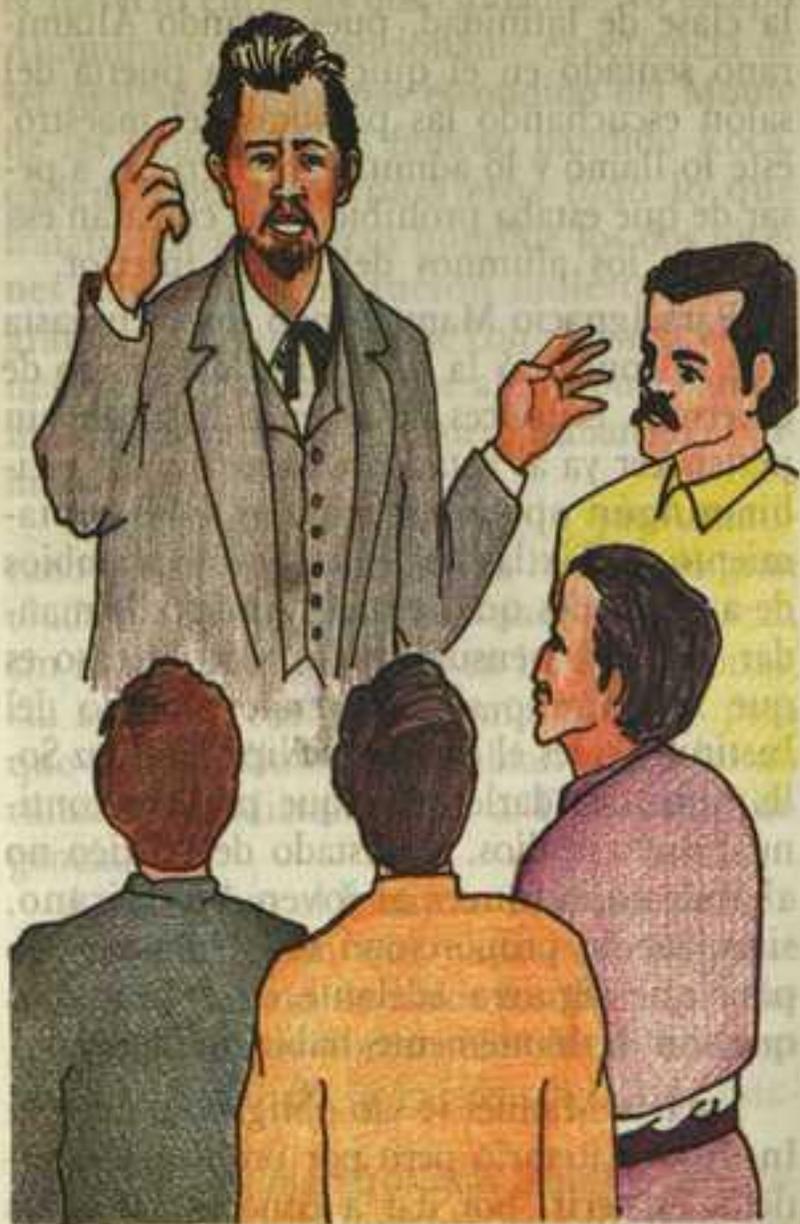
A su regreso al Instituto la vida estudiantil transcurrió sin que nada extraordinario alterara la calma de todos los días. Las clases, las aulas, los libros y el bullicio, todo era parte habitual de la existencia de los estudiantes.

Uno de los maestros más famosos de Altamirano en el Instituto fue Ignacio Ramírez,

conocido también como "El Nigromante". La amistad nació cuando Ramírez enseñaba la clase de latinidad, pues estando Altamirano sentado en el quicio de la puerta del salón escuchando las palabras del maestro, éste lo llamó y lo admitió en el grupo, a pesar de que estaba prohibido que cursaran esa materia los alumnos del grado inferior.

Para Ignacio Manuel todo iba bien hasta que se confirmó la formación del estado de Guerrero. Entonces se vio en el Instituto sin pertenecer ya al Estado de México y sin recibir ningún apoyo económico del Ayuntamiento de Tixtla, que quizá por los cambios de autoridades que se hicieron dejó de mandar el pago mensual de la beca. El caso es que Altamirano siguió siendo alumno del Instituto, pues el director Felipe Sánchez Solís quiso ayudarlo para que pudiera continuar sus estudios. El Estado de México no abandonó entonces al joven Altamirano, sino que le proporcionó todo lo necesario para que siguiera adelante en los estudios que tan brillantemente había iniciado.

Ignacio Manuel se vio obligado a dejar el Instituto Literario pero por problemas políticos, es decir, por dar a conocer sus ideas



sobre el gobierno. Las luchas internas que dividían al país se hicieron sentir también en el Instituto con la misma o mayor fuerza que en otras partes de la República Mexicana. Altamirano, cuya forma de pensar no era la misma que la de las autoridades que gobernaban, tomó parte con su periódico, que se supone que era el llamado "Los Papachos", en el que atacaba a quienes consideraba enemigos del progreso del país, incluyendo a algunas altas personalidades de Toluca. Pero la lucha fue difícil y el primero en ser separado del Instituto fue el maestro Ramírez, siguiéndole al poco tiempo el director Sánchez Solís. Altamirano, también fue expulsado sin haber terminado sus estudios: era el 31 de julio de 1852.

—MÉXICO: EL COLEGIO DE SAN JUAN
DE LETRÁN—

Al salir Altamirano del Instituto se inició la etapa menos conocida de su vida; sólo se sabe que se dedicó a dar clases de francés en un colegio particular

de Toluca, a cambio de lo cual le daban alimentos y hospedaje. Pero esa vida conformista no era para un joven inquieto y listo como Ignacio Manuel; su deseo de superación le hizo salir de Toluca y recorrer varios lugares. En algunos pueblos trabajó como profesor de primeras letras; en otros permaneció más tiempo, como en Cuautla y Yautepec, donde convivió con las personas humildes y compartió sus sufrimientos y penalidades, que en nada le eran desconocidos. También se unió a una pobre compañía ambulante de teatro como autor de obras que seguramente se representaron. De esta época es su obra "Morelos en Cuautla", de la que Altamirano contaba que el público veía con satisfacción.

El haber dejado Toluca significó para Altamirano encontrarse ante dos caminos: uno que ya había recorrido y que era el de Tixtla, y otro, muy poco conocido, que lo llevaría a la capital de la República. Esta vez había elegido el camino un Altamirano preparado para triunfar; atrás había quedado aquel indito que un día llegara a Toluca como *alumno de municipalidad*. Para este nuevo Altamirano que peregrinó por pueblos y ca-



minos sólo había una meta: la ciudad de México.

Lo poco que se sabe de ese periodo de la vida de Altamirano es que en 1854 cursaba el primer año de Derecho en el Colegio de San Juan de Letrán de la ciudad de México, pues quería ser abogado. Pero parecía que nunca lograría terminar su carrera porque en ese año mucha gente del pueblo se rebeló contra el Presidente Antonio López de Santa Anna, quien era un dictador, o sea, un gobernante que no respetaba los derechos de los ciudadanos y que no hacía caso de lo que mandaban las leyes generales del país.

Esta rebelión se extendió por casi toda la República y se llamó revolución de Ayutla, porque fue en esta población del estado de Guerrero donde se lanzó el plan en el que se desconocía al general Santa Anna como presidente de la República y se pedía al pueblo que se uniera a los descontentos para derribar al tirano con la fuerza de las armas.

Muchos jóvenes estudiantes acudieron al llamado de la revolución, entre ellos Altamirano, que suspendió sus estudios para continuarlos después del triunfo; dejó el Colegio de Letrán y se trasladó a las montañas del

estado de Guerrero, que tan bien conocía. Ahí combatió valientemente a las órdenes del general Juan Álvarez, con quien tenía una gran amistad. El joven Altamirano peleó como voluntario hasta que Santa Anna renunció al cargo de presidente que ya nunca volvería a ocupar.

Altamirano volvió al Colegio y reanudó sus estudios, que ya no interrumpiría, pues en esta ocasión iba a terminar su carrera de leyes.

—LA GUERRA DE TRES AÑOS—

Sin embargo, las luchas entre los mexicanos continuaban, lo que convirtió a nuestra patria en un sangriento campo de batalla. Esta nueva pugna se conoce como la Guerra de Tres Años, pues se desarrolló entre 1858 y 1860.

Los estudiantes de esa época no eran ajenos a la lucha armada y seguían con vivo interés su curso. Altamirano y muchos de sus amigos, entre ellos Juan Díaz Covarrubias, Manuel Mateos, Alfredo Chavero y Manuel

M. Flores formaron un grupo intelectual, es decir, de personas cuya capacidad les hace reflexionar a fondo sobre todas las cosas, que apoyaba a quienes querían que México tuviera un sistema de gobierno más libre en el que la mayoría del pueblo se viera favorecida y pudiera hacer valer sus derechos.

Estos jóvenes discutían sus ideas en el cuarto donde se alojaba Altamirano; lo mismo leían versos románticos que pronunciaban discursos patrióticos en contra de quienes se oponían a los cambios que el país necesitaba con urgencia. También acudían a la Cámara de Diputados a aplaudir ruidosamente los discursos de políticos destacados con los que simpatizaban, como Melchor Ocampo, Francisco Zarco e Ignacio Ramírez, sin preocuparse por su seguridad personal en medio de las trifulcas que se armaban en esas reuniones.

Así, la "Guerra de Tres Años" estalló en el país; en 1858 empezaron ganando los contrarios al grupo de Altamirano, pues eran más fuertes y tenían también muchos seguidores. Altamirano y sus amigos del Colegio de Letrán se dedicaron a atacar al gobierno con folletos o con hojas sueltas que hacían

imprimir en una imprenta secreta. Pero los asesinatos reprobables de Díaz Covarrubias y de Mateos en Tacubaya, hicieron que el resto del grupo cambiara la pluma por el fusil.

Se acabaron entonces las reuniones literarias, y Altamirano, que apenas había obtenido su título de abogado en ese año de 1859, regresó a las sierras guerrerenses al lado del anciano general Juan Álvarez.

En el último año de la guerra el triunfo favoreció a las fuerzas que sostenían la autoridad de don Benito Juárez, quien entró victorioso a la ciudad de México donde estableció su gobierno y se dispuso a la difícil tarea de reorganizar al país. Entonces Altamirano fue postulado como candidato a diputado por el distrito de Chilapa, cargo que desempeñó con acierto y valentía.

—LA INTERVENCIÓN FRANCESA

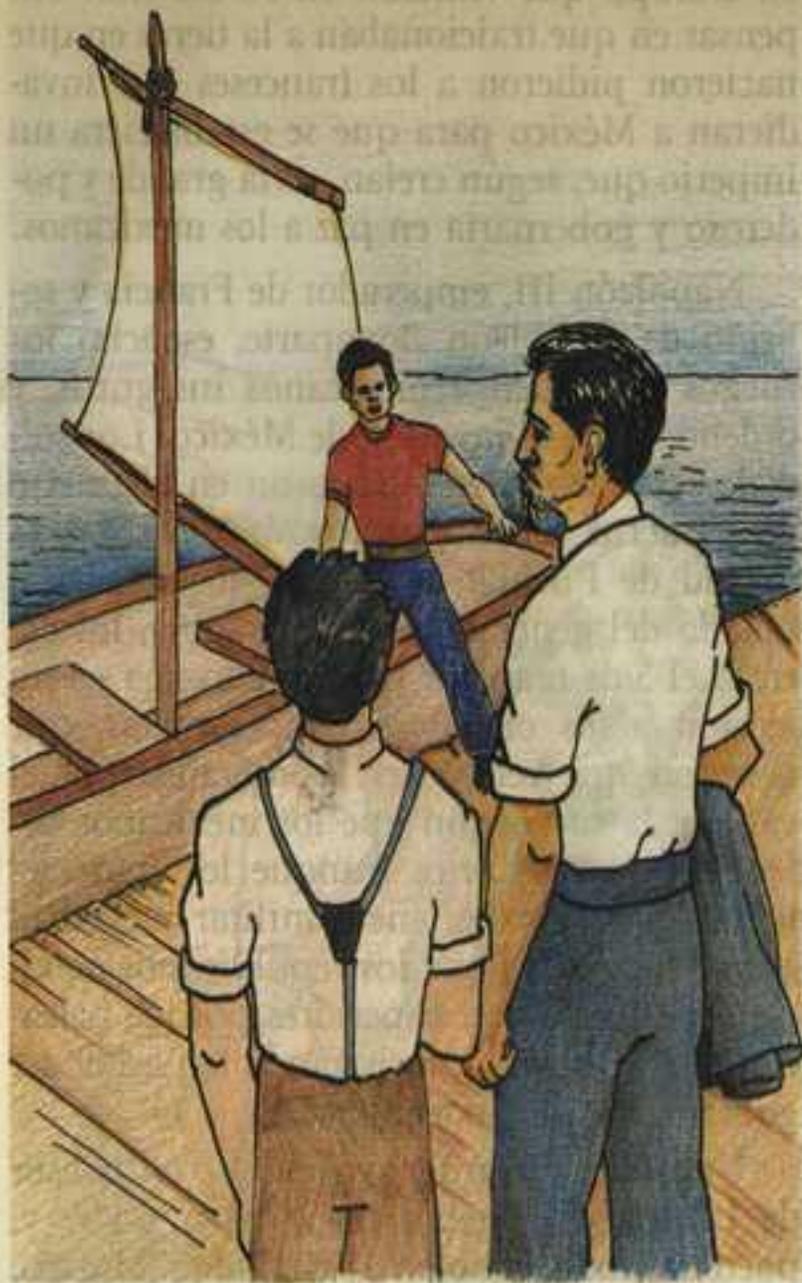
Pero el triunfo de Juárez, Altamirano, González Ortega, Ocampo, Zarco y tantos otros patriotas no fue definitivo; todavía los vencidos rogaron



en Europa que vinieran en su auxilio. Sin pensar en que traicionaban a la tierra en que nacieron pidieron a los franceses que invadieran a México para que se estableciera un imperio que, según creían, sería grande y poderoso y gobernaría en paz a los mexicanos.

Napoleón III, emperador de Francia y sobrino de Napoleón Bonaparte, escuchó los ruegos de aquellos mexicanos inseguros, y ordenó la inútil invasión de México. Los soldados franceses desembarcaron en el puerto de Veracruz y desde ahí avanzaron sobre la ciudad de Puebla. El ejército mexicano, al mando del general Ignacio Zaragoza, los derrotó el 5 de mayo de 1862, dando una severa lección a los orgullosos imperialistas, que tuvieron que retroceder asombrados por el valor y la fuerza con que los mexicanos defendían su territorio. Aunque los franceses tenían mayor experiencia militar y estaban mejor equipados que los republicanos mexicanos, éstos fueron superiores porque pelearon por su libertad, rechazando la idea de ser gobernados por extranjeros.

Un año más tarde, ya repuesto el invasor de la derrota, Puebla cayó en su poder y, poco después, también la ciudad de México.



El emperador Maximiliano y su esposa Carlota llegaron a México y trataron de organizar el imperio, lo que no pudieron realizar por completo debido a que el presidente Juárez y sus seguidores nunca se rindieron, defendiendo la legalidad de la República.

Altamirano fue en esta etapa de nuestra historia uno de los soldados mexicanos que más se distinguió en la lucha contra Maximiliano y los franceses. A principios de 1863 había recibido del presidente Juárez el nombramiento de coronel auxiliar de la Guardia Nacional, participando en numerosos combates.

Después de la derrota de Puebla el gobierno del presidente Juárez decidió abandonar la ciudad de México ante la inminente llegada de los invasores, y convocó a los diputados para que se instalara el Congreso en San Luis Potosí. Altamirano, como diputado que era, acudió al llamado de Juárez embarcándose en Acapulco en un vapor que iba a Manzanillo. De ahí siguió por tierra y llegó a San Luis, sorteando una serie de peligros tales como el ser víctima de asaltantes o caer en poder de los franceses. Casi un mes estuvo en San Luis sin que el número de los

diputados que pudieron llegar fuera suficiente, pues los caminos estaban bien vigilados. Ante esta situación y el ataque del enemigo, Juárez, Altamirano y los pocos diputados que se encontraban en San Luis decidieron trasladarse a sitios más seguros.

Altamirano atravesó Zacatecas, el norte de Jalisco, Durango y Sinaloa, hasta llegar al puerto de Mazatlán, donde se encontró con su maestro Ignacio Ramírez. Si la caminata había sido peligrosa por el ataque de las fieras, de los bandidos o de los franceses, por mar el trayecto fue aún más riesgoso.

Altamirano salió de Mazatlán junto con Alfredo Chavero y otros amigos, defensores todos ellos de la independencia nacional, en la goleta "Colima". El viaje fue una aventura de novela, pues tuvo de todo: desde el temor constante de naufragar en el mar hasta el peligro de ser apresados por los franceses, que también patrullaban las aguas del Océano Pacífico. Por fin llegaron a Acapulco y Altamirano de inmediato se puso a las órdenes del general Álvarez en las escarpadas montañas guerrerenses.

Como soldado, Altamirano combatió desde la parte norte del estado de Guerrero,



siguiendo por Morelos, siempre haciendo retroceder a los imperialistas. En Toluca se unió a las fuerzas del general Vicente Jiménez y emprendió la marcha hacia Querétaro, que fue la ciudad a la que se retiró Maximiliano y donde se libró la batalla decisiva. Ahí chocaron las fuerzas armadas de los grupos enemigos; después del combate sólo habría en México una República o un Imperio.

El triunfo fue para los republicanos y Altamirano participó con heroísmo en varias acciones de guerra. Después de la victoria de Querétaro, Altamirano estuvo presente en el sitio de la ciudad de México, que finalmente cayó en poder de los republicanos, pudiendo el presidente Juárez restablecer su gobierno en la capital.

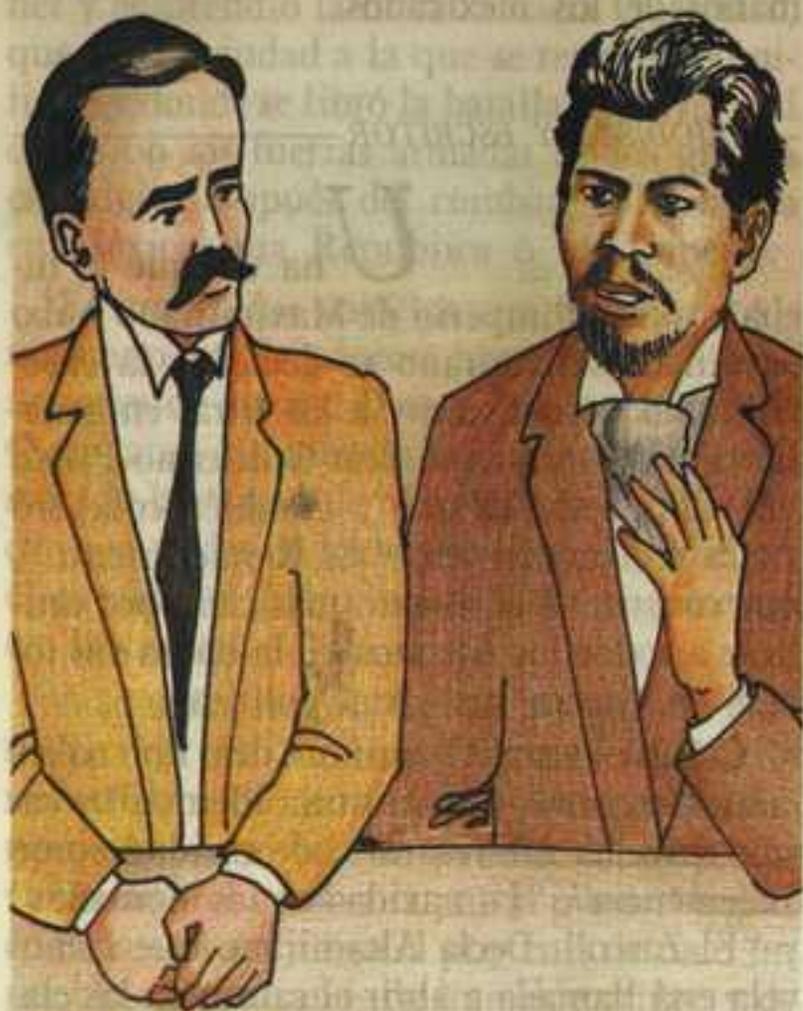
A grandes rasgos, ésta es la ejemplar participación de Altamirano en la lucha de nuestro pueblo contra la intervención extranjera; es también la prueba de lo que la voluntad y el amor a la patria pueden lograr cuando está en juego el porvenir de todo un pueblo. Altamirano, de humilde origen y de sangre indígena, comprendió el peligro que amenazaba al país y supo hacer lo que aquellos tristes momentos exigían; luchar con las

armas en las manos, sin dar ni pedir cuartel, hasta que el enemigo de la independencia y de la libertad dejara el suelo mexicano en manos de los mexicanos.

—PERIODISTA Y ESCRITOR—

Una vez que la lucha contra el imperio de Maximiliano hubo terminado Altamirano se dedicó a la enseñanza, el periodismo y a las letras en general. Fundó junto con don Guillermo Prieto "El Correo de México". También colaboró en la revista literaria "El Renacimiento", que constituyó el intento más claro por unificar a todos los literatos de la época sin tomar en cuenta sus ideas políticas.

Como escritor Altamirano dejó una colección de poemas que se titula "Rimas" y varias novelas interesantes, de calidad como "Clemencia", "La navidad en las montañas" y "El Zarco". Decía Altamirano que la novela está llamada a abrir el camino a las clases pobres para que lleguen a la cultura, pues instruye y deleita al pueblo humilde que carece de bibliotecas.



—FUNCIONARIO Y DIPLOMÁTICO—

Por su gran prestigio intelectual Altamirano fue llamado a ocupar varios cargos de gran importancia en la Suprema Corte de Justicia y en el Ministerio de Fomento. Pero también fue profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, en la de Derecho y en la Escuela Nacional para Maestros; es reconocido como el creador de la Escuela Normal de Profesores de la ciudad de México. También asistió a diversos congresos internacionales representando a México, como los que se efectuaron en Suiza e Italia.

En 1889 fue nombrado cónsul general en España, puesto que desempeñó en ese país hasta que pasó a Francia con el mismo nombramiento. Su oficina de París era visitada por los viajeros mexicanos que acudían a saludarlo y a escuchar sus palabras sobre literatura o política. Entre sus oyentes estuvo el entonces joven Francisco Ignacio Madero quien, como él, destacaría después en la historia de México luchando contra la dictadura del general Porfirio Díaz.

—SAN REMO: LA MUERTE EN EL EXTRANJERO—

En 1892 Altamirano viajó a Italia en compañía de su esposa y visitó algunas ciudades y regiones de aquel país. Al año siguiente se encontraba en San Remo, ciudad famosa por su clima mediterráneo. Su salud no era ya la de aquel joven que años atrás empuñara las armas para luchar por su patria, o pronunciara elocuentes discursos que sus amigos aplaudían y sus enemigos tenían que reconocer furiosos. Esta vez, después de 59 años de una vida fecunda, la terrible tuberculosis pulmonar acabó con su existencia. Murió el 13 de febrero de 1893, cumpliéndose así una de sus frases favoritas: "El 13 nací, en 13 me casé, y en 13 he de morir".

Como en San Remo había un horno crematorio, su cadáver fue incinerado, pues antes de morir dejó instrucciones de que así se hiciera para que sus restos pudieran ser traídos a México. Su último anhelo fue que sus cenizas descansaran en el suelo de su patria.

Biografías para niños publicadas:

Leona Vicario y Josefa Ortiz de Domínguez
 Miguel Hidalgo y Costilla
 Vicente Guerrero
 Hermenegildo Galeana
 Guadalupe Victoria
 Francisco I. Madero
 Venustiano Carranza
 Francisco Villa
 Emiliano Zapata
 Álvaro Obregón
 José María Pino Suárez
 Hermanos Serdán
 Abraham González
 Salvador Alvarado
 Lázaro Cárdenas
 Francisco J. Múgica
 Pastor Rouaix
 Félix F. Palavicini
 Luis Manuel Rojas
 Heriberto Jara
 Héctor Victoria
 Pedro Sáinz de Baranda
 Anastasio Bustamante
 Benito Juárez
 Carlos Ma. de Bustamante
 Fray Servando Teresa de Mier
 José María Morelos y Pavón
 Ignacio Allende
 Nicolás Bravo
 Juan Álvarez
 Francisco Primo de Verdad
 José Joaquín Fernández de Lizardi
 Plutarco Elías Calles
 Ricardo Flores Magón
 Belisario Domínguez
 Martín Luis Guzmán
 José Ma. Luis Mora
 Valentín Gómez Farías
 Cuauhtémoc

SAN REMO: LA MUJER EN SU EXTRANJERO

El 15 de mayo de 1915, el joven Juan Vialá en compañía de sus esposa y veinte algunas ciudades de aquel país. Al año siguiente en San Remo, ciudad famosa por su clima mediterráneo. Su salud no era ya la de aquel joven que años atrás empujaba para luchar por su patria, o pronunciar discursos que sus amigos y amigos tenían que escuchar. Es su vez, después de 19 años de su vida, a terrible tuberculosis con su existencia. Murió el 15 de mayo de 1915, cumpliendo una de sus últimas voluntades: "El 15 de mayo, en San Remo, he de morir".

Como en San Remo había un orfanatorio, su cadáver fue inhumado, pues antes de morir dejó instrucciones de que así se hiciera para que sus cenizas fueran llevadas a México. Su última voluntad fue que sus cenizas descansaran en su patria.



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Secretaría de Gobernación

Coordinación: Begoña C. Hernández y Lazo. Asesoría: Aurora Cano Andalar.
Texto: Arturo Corzo Gamboa. Ilustración: Rosa Elena González. Cuidado de edición: Silvia A. Peláez. Diseño: José Luis Tello.

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA



1987

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1987
en Talleres Gráficos de la Nación—México.
Su tirada fue de 5,000 ejemplares

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1987
en Talleres Gráficos de la Nación—México.
Su tirada fue de 5,000 ejemplares

